

Profundo conocedor de la idiosincrasia de nuestra raza turbulenta, fácil a confundir lastimosamente la libertad con el libertinaje; propicia a desconocer todo principio de autoridad y a tomar la democracia como el privilegio para entregarse desenfrenadamente a actos contra la propiedad, la honra y la vida; hombre de honor, de orden y de una moralidad sin tacha y siempre consciente de cuanto se debía a su propia personalidad y a su prestigio, al decoro de su carrera y al buen nombre de su patria, nunca quiso ser caudillo de asonadas ni descender al tristísimo papel de embaucador de turba-multas.

No obstante, nunca fué bien comprendido por propios ni extraños este abnegado patriota, víctima, por desgracia, de nuestras luchas intestinas, en instantes de suprema prueba en que la Patria más necesitaba de la fortaleza de su brazo y de su corazón todo lealtad.

\*  
\* \*

El gobierno del señor Madero sin tomar en cuenta los altos méritos del ilustre divisionario ni la circunstancia de haber éste depuesto su actitud hostil, entregándose a la autoridad, ya convencido de la debilidad de su causa, castigó con exceso de severidad aquella intentona revolucionaria, sujetándolo a un proceso que se encargaron de instruir las autoridades militares, no obstante que el acusado había dejado de pertenecer al Ejército, con anterioridad a los acontecimientos que dejamos relatados. El proceso se alargó indefinidamente; se cometieron en él innumerables irregularidades que hacen muy poco honor a la justicia del maderismo, y a tal grado llegó el ensañamiento de este gobierno contra el ameritado militar, que se le negó hasta la libertad caucional, que reiteradamente y con apoyo en preceptos legales, solicitaron sus defensores.

## CAPITULO V.

### La revolución vazquista.

*El vazquismo tornado rápidamente en oroquismo.—Orígenes de esta nueva revolución.—Una ojeada sobre la dictadura Díaz.—La revolución de 1910.—Resurrección de la dictadura Díaz en el régimen de don Francisco I. Madero.—La oligarquía maderista.—Los crímenes del nuevo gobierno.—Pascual Orozco invitado por sus fuerzas y por los vecinos de Chihuahua desconoce al gobierno de Madero y asume la jefatura de armas de la revolución.—Chihuahua en poder de la revuelta.—Manifiesto de don Francisco I. Madero, llamando al pueblo al servicio de las armas.—Descontento en la Capital de la República producido por la actitud de Orozco.—Manifiesto de don Emilio Vázquez Gómez.—El general González Salas deja la Secretaría de Guerra para hacerse cargo de la dirección de la campaña del Norte.—Algunos politicastros del Partido Liberal pretenden aprovecharse de la revolución vazquista.—Pascual Orozco desconoce a don Emilio Vázquez Gómez y asume la jefatura suprema de la revolución.—La ley de suspensión de garantías en casi toda la República.—Arbitrarias disposiciones del Congreso Americano, tendientes a sofocar la revolución oroquista.—Desastre de González Salas en Rellano.—Impresiones de un testigo presencial.—Suicidio de González Salas.—Enérgicas notas diplomáticas cambiadas entre los gobiernos americano y de México, con motivo del fusilamiento del americano Fountain.*

...CAPITULO V...  
...la revolución vazquista...

...CAPITULO V...  
...la revolución vazquista...

...CAPITULO V...  
...la revolución vazquista...

### CAPITULO V.

#### La Revolución vazquista.

**C**onocidos ampliamente en el capítulo anterior el origen, tendencias y epílogo de la revolución reyista, muerta, desgraciadamente, en su cuna, y debimos desgraciadamente porque el triunfo de ella nos hubiera salvado de la terrible lucha intestina que nos devora desde entonces, y nos hubiera hecho fuertes en la defensa contra cualquier intento de intromisión extraña en nuestros asunto interiores, pasemos a conocer ahora los puntos más culminantes de la revolución vazquista, que estuvo a punto de derrocar al gobierno de don Francisco I. Madero y que sólo las disensiones levantadas por torpes consejos de politicastros ambiciosos y egoístas, entre sus dos principales caudillos, don Emilio Vázquez Gómez y Pascual Orozco, pudo hacer fracasar.

Esta nueva revolución hubiera llegado al triunfo, ineludiblemente, si a la gran actividad organizadora del cerebro de don Emilio Vázquez, se hubiera subordinado el brazo, todo acción, de Pascual Orozco; pero desunidas

CAPITULO V. LA REVOLUCION VAZQUISTA

estas dos fuerzas el fracaso del nuevo movimiento armado que nos ocupa era inevitable, y así sucedió apenas faltó en él el talento director de don Emilio; político, por otro lado, muy sagaz; hombre de mucho crédito y simpatías en el país en aquella ocasión y que hubiera servido de prestigiosa bandera a la revolución, hasta llevarla a su triunfo.

Con referencia a las causas que directamente motivaron aquella formidable insurrección que, según el sentir de un escritor maderista, «superó en importancia, no solamente a los movimientos similares contemporáneos, sino que, por su poder, debe considerarse como la mejor organizada y equipada de cuantas registra nuestra historia,» nos bastará insertar las declaraciones que sobre ese particular hiciera el general Orozco al reverendo H. Allen Jupper, vicepresidente honorario de la «International Peace Forum.»

El documento en cuestión, dice así:

«Las causas de la actual revolución, sólo pueden ser debidamente juzgadas, remontándose a las de la revolución de 1910, iniciada en contra del señor general Díaz.

Esas causas se hallan en la situación política y económica del país en aquella época, reveladas en una viciosa administración de justicia y en el empobrecimiento de las masas. Los vicios políticos pueden ser sucintamente enumerados como sigue:

El general Díaz acaparó en su mano todos los poderes; estableció una dictadura patriarcal, que no sólo designaba a todos los empleados públicos, sino que imponía a los funcionarios de elección popular, teniendo en consideración como único mérito, la fidelidad personal, con total desprecio de la capacidad de los nombrados, y para asegurar la continuidad de un régimen que no evolucionaba.

Por lo que se refiere a la situación económica, el general Díaz no atendió sino a su propia conservación; estableció la paz por la paz misma, y como consecuencia del falso principio adoptado, las industrias principales y todas las concesiones importantes, especialmente las derivadas de la tierra, fueron patrimonio de unos cuantos favorecidos, dando por resultado un completo desequilibrio entre esos privilegiados y la inmensa mayoría de la nación. Y al producir o presentar grandes progresos materiales, arruinó al país, porque esos progresos beneficiaban y eran debidos a una pequeña parte de hombres, sin revelar el verdadero estado de catorce millones de habitantes.

La administración de justicia, semblanza gráfica de todo un régimen corrompido, presentaba la más clara evidencia de los vicios expuestos: ningún derecho era reconocido y sancionado, si no correspondía al interés de los poderosos. La propiedad era inestable, y la libertad y la vida no tenían garantías, porque las decisiones judiciales estaban sometidas a la voluntad de los altos funcionarios, llegando a tal grado el sistema de consignas, que no se sentenciaba jamás un juicio que interesara a personajes influyentes o en el que versaran grandes sumas, sin consultar la orden superior, que era obedecida ciegamente.

Esta situación hizo surgir el movimiento armado de 1910, y la responsabilidad del señor general Díaz es grande ante la historia,

Su gobierno produjo grandes bienes; estableció el crédito, abrió a la producción grandes riquezas; tuvo, sobre todo, el gran mérito de mostrar los beneficios de la paz.

Pero el crédito no era un crédito nacional: la persona del general Díaz era la única garantía de ese crédito, porque no existía ni una verdadera prosperidad nacional, ni hubo nunca una riqueza popular; y ambas cosas pudieron haberse establecido, por la educación del pueblo y por la multiplicación de los intereses individuales. Las industrias se desarrollaron, como digo, a expensas de la mayoría de la nación, y para cada concesión otorgada, para cada producción nueva, había millares de despojados, haciendo a la vez el daño trascendental de concentrar la riqueza y de dejar improductivas grandes regiones del territorio.

Y bajo los bienes de la paz, toda libertad era ahogada, y el deseo crecía de que surgiera una revolución que acabara con ese sistema, y permitiera el gobierno para la mayoría; la integridad de los derechos civiles y políticos para seguridad de la propiedad, y de la libertad y de la vida, que la paz había entregado a merced de los gobernadores.

Si el general Díaz hubiera visto y atendido las necesidades del país, si hubiera considerado al pueblo como una colectividad de individuos y no como una entidad política sobre la cual había que establecer su dominio, y no hubiera identificado todo interés, y hubiera educado al pueblo para satisfacer, progresiva y gradualmente, sus aspiraciones políticas y económicas, la paz y el progreso de la nación, no se habrían interrumpido tan violentamente y el

general Díaz, con sus antecedentes militares, habría pasado a la historia como uno de los más grandes hombres del mundo.

Desgraciadamente, jamás lo preocupó el porvenir de la República; no toleró, por ningún motivo, que se revelaran altas personalidades, por temor de que se demostraran y le disputaron la capacidad de gobierno; no permitió tampoco la formación de partidos políticos, que él podría haber contenido y equilibrado; dividió a todos para dominarlo todo, y al no existir más política que la suya o la dictada por él, creo un régimen absolutamente personal, que tenía que perecer con él.

Por eso, cuando incapacitado y enfermo tuvo que enfrentarse con la última elección, no tenía amigos, porque había engañado y disgustado a todos, y habiendo hecho la promesa de no estorbar la formación de partidos políticos, esto es, de permitir que el pueblo ejerciera sus derechos políticos, quiso imponer nuevamente su voluntad, y el pueblo se rebeló.

La misma atmósfera hostil envolvió también a quienes podían haberle auxiliado y que él había dividido anteriormente, así que ni lo auxiliaron. Y ante la visión egoísta de pasar a ser un gobernado después de haber sido el dueño de la República, cayó el general Díaz, destruyendo en su caída todo el falso equilibrio mantenido por su persona.

Tal es la responsabilidad del general Díaz, tal es la razón de que el pueblo acudiera ansiosamente al llamamiento escrito de San Luis Potosí, al levantamiento de Chihuahua; de que siguiera al señor Madero, que prometía "Sufragio efectivo y no Reelección," y de que el gobierno, al fin, reconociera el triunfo de la revolución de 1910.

Todos los obstáculos acumulados al desenvolvimiento natural de México, la multitud de injusticias enumeradas, obra de la fuerte e integrante mano de un régimen cuya única tendencia era perpetuarse, obligaron al pueblo, agotando todos los medios legales, a arrojar el guante, audaz y enérgicamente, al general Díaz, recurriendo al último y supremo recurso de que disponía: el desconocimiento del gobierno por medio de las armas.

Y la revolución fué . . . pasiva en el centro de la República; activa en Guerrero y en Morelos, eternamente azotados por el caciquismo colonial; formidable en Chihuahua, porque en contacto con una civilización superior, vió y

comprendió, mejor que ningún Estado de la República, la gran necesidad del movimiento.

La revolución triunfó, y como un gran acto de equidad y de justicia, recibió el aplauso de las más grandes naciones del mundo, no obstante la figura colosal que se derrumbaba.

La revolución fué obra del pueblo, y a costa de un mar de sangre. El pueblo no vaciló en agotar sus pequeños y escasos capitales, en arrostrar grandes sufrimientos, y debe declararse muy alto de una vez, que el señor Madero no gastó un solo centavo en la guerra, a pesar de los grandes compromisos contraídos, sino que, olvidándolos, no pasó a territorio nacional, sino después de que su señor padre tuvo en Nueva York una larga conferencia con un alto personaje del gabinete del general Díaz, con el exclusivo objeto de asegurar los intereses de ambos.

El pueblo, fastidiado y sangriento, siempre noble y generoso, no tuvo sino elogios para el señor Madero cuando supo que había pasado a territorio nacional, y aun cuando a la miseria de los combatientes no aportaba sino una miseria más, fué recibido con los brazos abiertos, con la ilusión de que en un día no lejano procuraría grandes bienes al país, por medio de una política de regeneración y de justicia.

La revolución de 1910 no tenían por objeto llevar a un hombre a la Presidencia, sino destruir un régimen. Al triunfo, la República vió con inmenso regocijo la terminación de la tiranía del general Díaz; y ningún gobernante, en la historia, ha recibido un Estado en mejores condiciones que las que se presentaron a don Francisco I. Madero, cuando asumió la Presidencia.

Todo fué mentira: Francisco I. Madero asumió el poder, pero el nuevo régimen no fué sino una resurrección del antiguo, sin sus méritos ni sus antecedentes.

El señor Madero desconoció inmediatamente a los hombres que lo llevaron al triunfo, y en lugar de la libertad, de la democracia y de las tierras ofrecidas al pueblo, estableció una oligarquía familiar, cuya falta de ilustración la hacía infinitamente más nociva que la anterior.

Surgió entonces la revolución actual.

Sus causas son las mismas, iguales las aspiraciones de los revolucionarios, pero existe además un nuevo fundamento: la traición del llamado caudillo, a la revolución que

lo llevó al poder, y a los hombres que por ella combatieron. Por tanto, el movimiento tiene dos aspectos: el primero, de indignación y protesta en contra del Presidente actual; el segundo, nacido de la necesidad de reformas económicas y legales que hagan posible la libertad de la mayoría de los habitantes de la nación.

La enumeración de algunos de los actos del Presidente, además de los expuestos, será bastante para demostrar sus responsabilidades.

Aun antes de llegar a la Presidencia, obtuvo del tesoro nacional, para su hermano Gustavo, la suma de \$ 700,000, como reembolso de gastos hechos en la guerra, en tanto se negaba a los revolucionarios y a las viudas y huérfanos de los muertos en campaña, los recursos necesarios para las exigencias elementales de la vida.

El señor Madero se acogió a la bandera de «Sufragio efectivo, y no Reelección» que había sido levantada por el pueblo, y al asumir el poder, empleó toda su influencia en la reelección de los gobernadores con los que había contraído compromisos, y las violaciones al sufragio son tales que el primer escándalo lo tuvo la República con la imposición del Vicepresidente Pino Suárez, y ha llegado últimamente al grado de fusilar a los electores que no estaban de acuerdo con la candidatura oficial, so pretexto de ejecución de criminales, pero llevada a cabo el mismo día de la elección, sin formación de causa ni pruebas de los delitos alegados.

Para realizar sus fines, el señor Madero celebró convenio con los revolucionarios del Sur, tratados que fueron violados incontinenti, determinando los actuales disturbios de esa zona de la República; y en el Norte, para impedir que los mismos caudillos que combatieron en su favor pudieran exigirle el cumplimiento de los principios proclamados, ordenó el desarme, provocando así el levantamiento de Chihuahua, ante la convicción de que el señor Madero no sólo traicionaba a la revolución y a los suyos, sino a las aspiraciones de la nación entera.

En cuanto a los procedimientos adoptados por el señor Madero para sostenerse en el poder, no son reprobables políticamente, sino ante los rudimentos de la moral humana.

El señor Madero condenaba el nepotismo, y a tres de sus parientes hizo miembros de la Suprema Corte de Justicia

de la Nación, sin contar aquéllos que ocupan gran número de puestos públicos y de gobiernos de los Estados.

El señor Madero condenaba las concesiones y privilegios, y los privilegios y las concesiones se han multiplicado, enriqueciendo en pocos meses a los miembros de su familia y a los servidores incondicionales de ella.

En la campaña armada, la inmoralidad llega al crimen.

En Chiapas, a los indios chamulas rebeldes en contra de la imposición de gobernadores, les son cortadas las orejas.

En Santa María, ya desocupada por los rebeldes, las tropas gobiernistas rompieron el fuego de todos sus cañones sobre la población, escarmentando en ancianos, mujeres y niños, la aspiración de hijos, esposos o padres.

En el mismo Estado de Morelos, siguiendo planes aprobados por el Presidente, los pueblos son quemados y los habitantes muertos, cualesquiera que sean su sexo, edad y condición, para castigo de rebeldes. En muchos otros lugares fusila el gobierno a los hijos y a los parientes de los revolucionarios, tratando de aterrorizar a los combatientes.

En el rancho de San Pedro, Chihuahua, después de su derrota, los soldados del gobierno asesinaron al dueño y a los peones de la finca; algunos de ellos fueron mutilados bárbaramente. Dos mujeres fueron ultrajadas, mutiladas y muertas.

En el rancho de Ancón, los mismos soldados, al pasar en retirada, hicieron fuego sobre el caserío y fusilaron a dos mujeres porque dos exploradores revolucionarios habían tomado agua en la casa que ellas habitaban.

En la región de la Laguna, un pariente cercano del señor Madero, un hermano, ordenó fueran matados y colgados todos los hombres sospechosos de no ser adictos al gobierno. Lo mismo acontece en Morelos y en Guerrero, y cientos de cadáveres han estado suspendidos de los árboles y de los postes de telégrafo. Los periódicos han publicado fotografías de estos acontecimientos.

En Jiménez, Chihuahua, el jefe de las fuerzas del gobierno, (1) después de declarar en público que las vidas e in-

1.—Aunque al hacer este cargo los rebeldes no precisan de qué jefe se trata, se deja entender que es del general Huerta, persona incapaz de tales atentados, si atendemos a sus limpios antecedentes. Posible es que en este caso, sólo se trate de falsas informaciones o de simples suposiciones.

tereses quedaban garantizados, ordenaba todas las noches el fusilamiento secreto de diez o doce individuos, bajo las sospechas de ser simpatizadores de estos acontecimientos.

En las batallas de Conejos y Rellano, los soldados del mismo jefe arrojaron ramas encendidas sobre los heridos que quedaron en el campo, o los mataron a balonetas.

Para conseguir estos excesos, el señor Madero ha derramado a manos llenas el dinero de la Nación, creando el sistema de corrupción más completo que haya existido en ningún pueblo.

Ante los hechos narrados, que no son sino una pequeña parte de los cometidos por el gobierno, la guerra no es nada más civil o política, es una guerra por la humanidad y por la civilización.

Todo en el señor Madero ha sido mentira, ambición de lucro y crímenes; y en contra de esa mentira y de esos crímenes; surge la revolución actual, que el señor Madero podría haber evitado con sólo haber tenido honradez y haber sido fiel a los principios en cuyo nombre ocupó el gobierno de la República.

Creo inútil ya decir cuales son las causas y los fines de esta revolución; pero deseo insistir en algunos puntos:

I.—La causa fundamental es la mala administración del señor Madero y de su familia, por lo que no ha sido posible llegar a tratados de paz, y ésta no vendrá al país sino cesando esa administración y cumpliendo las promesas revolucionarias, es decir, o el señor Madero se retira, o garantiza de manera positiva e ineluctable la corrección de los vicios enumerados: corrupción administrativa, nepotismo, imposiciones, privilegios y atentados contra la libertad y la vida de la inmensa mayoría de los ciudadanos.

II.—Es necesario establecer efectiva libertad política y electoral para distribuir las funciones de gobierno, de acuerdo con los fines, deseos y necesidades de cada región, haciendo del gobierno central lo que legítimamente debe ser, el poder de concentración y de vigilancia de los intereses generales.

Creo que nuestros problemas parecen insolubles porque se conserva la nociva tradición que ha dado nacimiento a varias de nuestras guerras civiles: la concentración de todo el poder en una persona y el aprovecharse de las revoluciones para el solo fin de llegar al más alto puesto del país.

En una palabra, en mi concepto, y para salvar a la nación de los peligros de nuestros actuales sistemas políticos, las elecciones deben ser realmente libres y debe establecerse un régimen municipal completo.

III.—Sólo resta el problema agrario. En mi opinión, y puedo asegurar que es la de la mayoría de mis compañeros, esta cuestión debe resolverse con gran cautela y en vista de las circunstancias peculiares de cada región y de sus habitantes.

El problema agrario, no es el mismo en Morelos y en Chihuahua, y varía aun en los diversos distritos de este último Estado, que la distribución de tierras no conduce por sí sólo a ningún buen resultado. ¿Qué beneficios se obtendrían por ejemplo, de dar cien hectáreas de ganado, o darlas de tierras de labor, si el agua que las riega pertenece a otra persona?

Por otra parte, tampoco sería de ninguna utilidad la concesión de tierras a quienes no sean agricultores: a un mecánico o a un tenedor de libros, a no ser que se considere la tierra como el único medio de pago por los servicios prestados a la revolución, lo cual, además de ser inmoral, no cumple lo que el propósito busca, esto es, proveer de medios de subsistencia a los que han sido despojados de ellos, sin contar con que aquellos que no necesitan tierras, las venderán, y volverán los acaparadores a ser los dueños de la tierra.

El problema agrario es el de la vida nacional, y para restablecer el equilibrio en todos los órdenes sociales sobre una base firme y duradera, es necesario resolverlo pronto y eficazmente.

Debo declarar que no creo posible desde luego una solución que reúna las condiciones de utilidad, estabilidad y justicia. Para llegar a esa solución debe ocurrirse a una comisión nacional formada por hombres de reconocida competencia y honradez y por delegados nombrados por los jefes revolucionarios para ese fin.

Quedan expuestas las causas de la revolución, cuya jefatura me ha sido encomendada; sus ideales, como todos los nacidos del corazón del pueblo, presentan naturalmente, dos caracteres: el de la necesidad y el del más alto y puro patriotismo.

La abnegación de todos mis compañeros de armas ratifica mis principios y me fortalece en mi actitud. Creo

fírmemente que luchamos por el progreso moral y material de nuestra patria, y en esta labor hago un supremo llamamiento a la simpatía de todos los países civilizados, y conjuero con toda la energía de mi alma a mis conciudadanos, para que conquistemos todos juntos, la paz de la República, basada en la Libertad y en la Justicia.

C. Juárez, agosto 15 de 1912.—Pascual Orozco, h.»

\*  
\* \*

Consignadas las causas generadoras del movimiento rebelde del Norte, tócanos ahora observar su organización y su progresivo desenvolvimiento,

El primero que se lanzó a la revuelta, fué el profesor Braulio Hernández, que había desempeñado el puesto de secretario general del gobierno de Chihuahua, al lado de don Abraham González, levantando la bandera vazquista que ostentaba el manoseado lema socialista de «Tierra y Justicia.»

Otros muchos jefes revolucionarios, cuyo descontento estaba latente, ora por despecho, ora por ambición, los menos por patriotismo, empezaron a conspirar, procurando, antes que nada, atraer a sus filas al general Pascual Orozco, que, por entonces, era el jefe de las armas en el Estado.

Sin embargo de que Orozco se había conservado un tanto hostil al señor Madero por las orientaciones políticas que tomaba el nuevo gobierno, llegando hasta el grado de hacerle al Presidente una respetuosa conminación, no se declaró en abierta rebelión, y permaneció en expectativa, sujeto a la disciplina que su cargo reclamaba.

Pero los acontecimientos posteriores, obrando más enérgicamente en el alma del guerrillero, que todas las insinuaciones, acabaron por arrastrarlo a pasar definitivamente el Rubicón.

Fué en Ciudad Juárez donde el jefe de la guarnición, capitán Albino Farías, con el saqueo de aquella plaza fronteriza, inició y dió principio a la insurrección.

Es verdad que Orozco todavía quiso prestar su fidelidad al gobierno constituido marchando a Juárez para solucio-

nar el conflicto y conduciendo prisioneros a Chihuahua a varios individuos promotores de los disturbios; es verdad que ante un representante del gobierno americano declaró que era fiel al gobierno constituido, pero sus tropas estaban completamente insubordinadas y el descontento crecía, amenazando ahogar al propio Pascual Orozco, si éste se hubiera opuesto a las impulsiones decididas de aquéllas.

Y apenas mejoraba ligeramente la situación en C. Juárez, la soldadesca asaltaba la penitenciaría de Chihuahua con el fin de libertad al cabecilla vazquista Antonio Rojas.

Ante la actitud desordenada de las tropas, la sociedad de Chihuahua, justamente alarmada, no sabía qué determinación tomar para proteger los intereses particulares, puesto que el gobierno era incapaz de dar garantías.

Esa desmoralización de las gentes de orden aumentaba porque, mientras por una parte, los cuerpos rurales que guarnicionaban Chihuahua parecían dispuestos al saqueo, Francisco Villa, con sus tropas de facinerosos, se encontraba en los alrededores, acechando el momento más oportuno para entrar a la plaza.

Viéndose el gobernador interino, licenciado Aureliano González, en tan difícil situación, y deseoso de terminar el lamentable estado de cosas porque atravesaba la capital del Estado de su mando, presentó su renuncia.

La Legislatura Local se propuso nombrar a Pascual Orozco gobernador, y el gobierno del Centro tuvo idénticas intenciones, pero el guerrillero puso como condición que se le autoriza para repartir tierras entre sus hombres, a lo que, naturalmente, se negó el señor Madero.

Con objeto de poner las cosas en orden y de saber la verdad sobre ciertos hechos que aparecieron sospechosos al Centro, partió don Abraham González a Chihuahua, dispuesto a encargarse otra vez del gobierno.

Braulio Hernández, que merodeaba por el Sur de Chihuahua, impidió el paso al señor González, quemando algunos puentes de ferrocarril en las cercanías de Ciudad Camargo. Aprehendidos en ese lugar, don Abraham logró escaparse y, después de mil zozobras y aventuras, tomó el rumbo de Torreón, para llegar por Piedras Negras hasta Juárez, donde se internó a los Estados Unidos. Salió de El Paso don Abraham escoltado por un piquete de veinte hom-

bres a las órdenes del coronel Félix Terrazas y del capitán Fernando Samaniego y en esta forma llegó a la capital de su Estado, encargándose, desde luego, de la gubernatura.

Orozco, aunque por algunos días se mostró conforme con el giro que tomaban las cosas y estuvo acorde con el gobernador en muchos casos, al poco tiempo, sin duda ya decidido a ponerse al frente de las huestes rebeldes, presentó su renuncia y entregó la jefatura de armas, el día último de febrero, al coronel Agustín Estrada.

Al siguiente día, el pueblo y los ex-revolucionarios indignados, en manifestación pública de protesta, exigían la renuncia del gobernador González y lanzaban gritos subversivos contra el gobierno del señor Madero.

El gobernador, viéndose sin ningún apoyo, hostilizado por propios y extraños, prudentemente se puso a salvo.

En vista de los tremendos acontecimientos que acabamos de reseñar, el señor Madero lanzó un manifiesto en el que, después de sostener su eterna idea de la decantada legalidad, pedía su ayuda al pueblo para sofocar el formidable movimiento del Norte,

«Son incontables los ofrecimientos que he recibido de los buenos ciudadanos, —decía el señor Madero— que se ofrecen a empuñar las armas; pero para que sus servicios sean verdaderamente eficaces y todos los que tomen las armas sean en cualquier momento una garantía de orden, es preciso que se sujeten a la disciplina militar, que vayan a engrosar las filas del ejército federal, de ese ejército que se ha cubierto de gloria en los campos de batalla, defendiendo con un valor heroico y con una constancia admirable las instituciones republicanas, y que haciendo gala de excelsas virtudes guerreras, ha demostrado una lealtad al gobierno que presido, que ha provocado la admiración de propios y extraños. El gobierno sabrá premiar a su tiempo a los jefes, oficiales y soldados que así honran a la República. Invito, pues, a los mexicanos que deseen cooperar para la defensa de la institución emanada del voto popular, para que se enrolen en las filas de ese glorioso ejército, a fin de perseguir a los enemigos del orden y de la paz pública, haciendo respetable la voluntad nacional y para que, empuñando la espada de la ley, la hagan caer con todo su peso sobre los malos hijos de la patria. Así serán una segura garantía de tranquilidad, a fin de que la República mexicana, libre ya del yugo de la tiranía, no vaya a ser presa de la anárquica

ni del bandidaje y pueda desenvolverse serena y grandiosamente por el sendero de la libertad dentro de la ley, base inamovible de la democracia.

Este llamado lo hago extensivo a los mexicanos de todas las esferas sociales; a los gobernantes, a las autoridades civiles y militares, a los particulares, a los hacendados, a los obreros, y a los humildes peones del campo. Que todos hagan lo posible por llevar al ejército su contingente personal o el de sus amigos o sirvientes. De esta manera muy pronto tendremos constituido un poderoso ejército que, además de lograr los fines ya iniciados, evitará de un modo rápido y seguro, acontecimientos como el de Ciudad Juárez, que tan funestas consecuencias pudo acarrear sobre nuestra patria. Y que el pueblo humilde no se deje engañar por agitadores y ambiciosos. Su condición no podrá mejorar bruscamente como ellos se lo ofrecen; que recuerden lo que les dije al triunfo de la revolución: Si nuestra situación política ha sufrido en pocos meses un cambio radical, puesto que de la triste condición del pária habéis conquistado los augustos derechos del ciudadano, nuestra situación social y económica no podrá modificarse de un modo tan brusco, pues para ello será preciso un esfuerzo constante y prolongado; que nadie puede instruirse y enriquecerse, sino por medio del trabajo y del ahorro».

Pero al expresarse en los términos en que lo hacía el ex-presidente de la República, señor Madero, creyó que el pueblo, como en 1910, se alzaría al conjuro de sus prédicas, sin comprender que las circunstancias que lo rodeaban eran bien diferentes y que sus antiguos admiradores empezaban a volverle las espaldas.

Este fué el supremo error del señor Madero; esta la frecuente alucinación del mandatario que se creyó dueño de la opinión, sin detenerse a observar que, en el medio actual y dentro de un pueblo extraordinariamente pasional, era cosa menos que imposible la implantación de un régimen que en manera alguna correspondía a la cultura de los ciudadanos.

No se crea por lo dicho, que somos de aquellos que hablan del pueblo mexicano como de una tribu de esclavos irredentos; muy por el contrario, sostenemos que está apto para ejercitar sus derechos de ciudadanía, siempre que al principio, haga su aprendizaje, tutelado por un gobierno progresista y exento de prejuicios.

El gobierno del señor Madero, quizá con más éxito que el



del general Díaz, pudo haber impuesto el sufragio como una costumbre; pero los intereses bastardos de un grupo dominó más en este sentido, y las elecciones fueron, como antes, una vil farza, una mascarada infame; una burla para el pueblo.

Por esto el gran desaliento de las masas se tradujo en desdén para sus mandatarios, y al llamado del señor Madero nadie contestó, siendo preciso, para atender a la gran demanda de tropas, implantar el odioso procedimiento de «leva» y sacar de las cárceles, con disgusto del ejército y de las personas honradas, a toda la hampa de criminales; a ese enjambre de individuos que se hallan bajo el peso de la acción penal.

Se nos dirá que fueron innumerables los cuerpos de voluntarios que se formaron en la capital por aquel tiempo; a ello contestaremos que quienes así procedieron lo hacían indicando su deseo de ir a campaña solamente en el desgraciado evento de una intervención extranjera; nunca para sostener al Gobierno. Solamente recordamos que los ferrocarrileros lucharon bravamente en la campaña del Norte, haciendo otro tanto el cuerpo que fundó, sostenido por sus propios elementos, el hoy coronel Alberto Braniff.

\* \* \*

Mientras tanto, Orozco, instado por sus fuerzas e invitado por los vecinos de Chihuahua, se ponía al frente de los rebeldes. Obedeció su conducta a las circunstancias en que lo colocaron los acontecimientos, puesto que, por una parte el bandolero Francisco Villa se acercaba a Chihuahua con el manifiesto deseo de dar por allí rienda suelta a sus aficiones de rapiña, y por la otra los revolucionarios de Rojas sólo esperaban para atacar la plaza, la decisión de Orozco.

Sin embargo, fué después de reiteradas insinuaciones cuando el general Orozco aceptó el mando supremo de la revolución, el 3 de marzo de 1912.

Incontinenti, arengó a las tropas en los cuarteles; puso en libertad a los numerosos reos políticos reclusos en la Penitenciaría, ordenando, además, la aprehensión de los coroneles Agustín Estrada y Marcelo Caraveo, quienes al principio se habían negado a secundar el movimiento. Tam-

bién se dió de baja a los voluntarios que alistara, algunos días antes, para la seguridad pública, el Ejecutivo del Estado.

En seguida salió a batir a Villa, infligiéndole rudo descalabro y obligándolo a retirarse en desorden. Simultáneamente, Braulio Hernández que se hallaba en Gallego con 500 hombres, reforzaba la guarnición de Ciudad Juárez, con el deliberado objeto de obtener fácilmente pertrechos de guerra y de poner la plaza en estado de defensa.

Seguidamente y por convocatoria de Orozco, se reunió el Congreso de Chihuahua, acordándose desde luego reorganizar la administración pública, nombrando, al efecto, Gobernador interino al señor don Felipe R. Gutiérrez y lanzar un empréstito de \$1200,000, los que, unidos a los \$300,000 existentes en las oficinas públicas, formaban un total de un millón y medio de pesos para cubrir los primeros gastos de la revolución.

Contra lo que todos se esperaban, la actitud de Pascual Orozco, lejos de producir buena impresión y de polarizar las simpatías, originó una reacción tremenda.

El pueblo, por lo general desafecto a sus mandatarios, calificó duramente el movimiento orozquista, y hasta se organizaron manifestaciones de adhesión al gobierno, siendo vitoreadas ruidosamente las tropas que por entonces salieron para la frontera.

Orozco, no por ello se desanimó, y anunciaba que «el 12 de marzo partiría de Chihuahua con cinco mil hombres sobre la ciudad de México, esperando unirse a las columnas de Salazar y Campa en las inmediaciones de Torreón.»

Antes de ponerse en marcha, el jefe del movimiento dispuso que quedaran dos mil hombres guarneciendo la capital del Estado para protegerla de un posible ataque por parte de Villa, que merodeaba en las cercanías, y que se reconcentraran violentamente los cabecillas Salazar, Rojas, Luis Fernández, Braulio Hernández y Emilio Campa.

Prácticamente, el Estado de Chihuahua estaba en manos de los facciosos, pues si bien algunas plazas quedaban guarnecidas por federales, además de ser pocas, algunas de ellas, como Parral, donde el jefe auxiliar José de la Luz Soto se había adherido al movimiento, estaban de hecho tomadas.

Por la aduana de Ciudad Juárez, los rebeldes continuaron introduciendo pertrechos con abundancia, no obstante las protestas del Cónsul Llorente: Nada menos, el 8 de marzo

cruzaban la línea divisoria, con destino a las fuerzas rebeldes, seis cajas de rifles, cien mil paquetes de cartuchos y un cañón.

Ya en tales condiciones, Orozco, el jefe militar del movimiento, lanzó un manifiesto acusando al señor Madero por falta del cumplimiento en sus promesas e ineptitud como gobernante, exigiendo su renuncia, y poniéndolo fuera de la ley. También Vázquez Gómez publicó otro en el que, como punto culminante, decía lo que copiamos en seguida:

«Hago especial recomendación referente a los extranjeros, quienes han contribuído y contribuyen actualmente poderosa y eficazmente con su capital y su experiencia para procurar la elevación de los mexicanos y el progreso del país.

«Es necesario que ustedes, con su conducta y dignidad, tengan una real protección para sus vidas e intereses, con objeto de justificarnos y dar crédito a nuestra causa ante los otros país del mundo, y también para mantener nuestra dignidad y cultura nacional.

«También recomiendo que ustedes no permitan que se promuevan desórdenes de ninguna especie en los puntos situados en la fronteras del Norte y del Sur, para evitar las dificultades que pudieran originar con los países vecinos.

«Me complazco en manifestar que hasta el presente, el movimiento revolucionario ha respetado la vida e intereses del pueblo, especialmente de los extranjeros, y ustedes deben continuar observando igual conducta, no sólo a cuenta del aspecto internacional, sino también porque es mejor para el de la nación Mexicana.»

Como se vé, las noticias del Norte no eran de lo más halagadoras para el gobierno, y de tal manera preocupó a éste la cuestión, que, desorientado y torpe, al error de dejar Chihuahua en manos de los rebeldes, contestó con otro error consistente en enviar a la frontera al general González Salas, pariente del señor Madero, cuyos méritos eran muy discutibles. Este señor, que a la sazón desempeñaba el

puesto de Ministro de la Guerra, dejó el confortable ministerio para entrar de lleno en la vida inquieta de campaña, sin duda empujado por un exceso de amor propio, exacerbado por las constantes y mordaces críticas de la prensa de oposición, que lo tildaba como un militar de opereta.

El señor González Salas, que por su quijotismo iba a sacrificarse estérilmente en los campos de Rellano, inició su carrera entrando como alumno del Colegio Militar el año de 1881; de dicho plantel salió en 1884, siendo teniente de la Plana Mayor Facultiva de Ingenieros; a capitán primero en 1887; a mayor en 1889; a teniente coronel en 1898; a coronel de infantería permanente en 1901; a general brigadier de infantería en 1909 y a general de brigada de infantería permanente en 1911. Este último ascenso mereció censuras, pues el agraciado, en opinión de quienes lo conocieron, no tenía suficientes títulos para ello ni el tiempo de servicio exigido por el escalafón. Sólo había estado en campaña el general Salas en Sonora y Yucatán, donde tuvo un éxito hartamente mediano.

Para substituir al general González Salas en la Secretaría de Guerra, fué designado el general Angel García Peña, de muy escasos méritos y de pocas simpatías en el ejército.

Arregladas en tal forma las cosas, Salas salió para el Norte el 6 de marzo. Formaban su estado Mayor, como jefe, el valiente y estudioso mayor Nicolás Martínez, los capitanes primeros de infantería Flaviano Paliza, Rafael Aburto y Vidal Enríquez y los tenientes Juan P. Rico y Benjamín Zurita. El convoy Militar llevaba, además, cerca de... 3,000 hombres que, unidos a las fuerzas de Torreón, formaban una división de 5,000, muy suficientes, bajo una buena dirección, para contrarrestar los esfuerzos del ejército revolucionario.

A raíz de estos acontecimientos, el gobierno de los Estados Unidos, urgido por las representaciones que le hiciera la cancillería mexicana, a efecto de que se respetaran debidamente las leyes de neutralidad, y ante los desmanes de algunos revolucionarios, dispuso la salida de tropas encargadas de guarnecer la línea divisoria. Acabó de decidir a las autoridades americanas para tomar esta medida, el hecho de que Antonio Rojas tomara de la Sucursal del Banco Nacional en ciudad Juárez, la cantidad de \$20,000, confiscando, además, un cargamento de armas consignado a la «Lumber Canadian Company.»

Por su parte, Orozco, deseoso de disciplinar a sus fuerzas y celoso de su prestigio, llamó al cabecilla para que respondiera ante un Consejo de Guerra, de los delitos que se le imputaran, pero el acusado se negó a presentarse, interponiendo algunas influencias acerca de su jefe, a efecto de que no lo molestaran.

De todas maneras, lo que más preocupó a Orozco, fué que se le restringiera el paso de pertrechos, y con el fin de contrarrestar la maniobra del gobierno, nombró una comisión integrada por los señores licenciados Juan Prieto Quimper y Manuel Luján, para que fueran a Washington a tratar de convencer al gobierno americano de lo conveniente que sería conceder la beligerancia a los rebeldes. También, y con el fin de contar con piezas de artillería, Aranda, un aventajado mecánico, empleado de los talleres de los ferrocarriles Nacionales, fué encargado por Orozco de la fabricación de algunos cañones del tipo Schineder Canet, que no dieron el resultado apetecido, pues por la mala calidad del metal, reventaban al segundo o tercer disparo.

Durante todo aquel tiempo dedicado a la organización del movimiento, las filas de Orozco fueron aumentadas por numerosos voluntarios, algunos, de la mejor ciudad chihuahuense. Además, una numerosísima comisión de indios tarahumaras vino a ponerse a sus órdenes, asegurando pomposamente que estaban deseosos de sostener al Partido Liberal, cuando, en verdad, lo único que perseguían era el mejoramiento de la triste condición en que vivían. Un testigo presencial, al referirse a ellos, dice que «estaban en situación muy apurada, pues apenas tenían qué comer y se alegraban con un cambio cualquiera de gobierno, considerando que éste les facilitaría medios con que pudieran subsistir.» Agrega que iban armados con arcos y flechas, pero su recia musculatura, su agilidad y su valor proverbial, hacían de esa tribu semi-salvaje, un elemento auxiliar de primer orden.

Algunos políticos poco escrupulosos procuraron atraerse al leader del movimiento, dividiendo a Orozco y Vázquez Gómez; pero ni las insinuaciones de Enrile y Córdova, que se obstinaban en hacer germinar las supremas ambiciones de Orozco, a efecto de que postulara Presidente, al triunfo del movimiento, ni los halagos del Partido Liberal que, representado por Juan Sarabia, fué con pretexto de pacificar a trabajar porque en caso de vencer se nombrase Presidente

a Iglesias Calderón, lograron hacer cambiar las decisiones del jefe rebelde, que se sostenía en esta resolución:

«No admitiré imposición de partido político alguno para la Presidencia ni la Vicepresidencia provisional o efectiva de la República, pues la Presidencia se hará efectiva al triunfo de la revolución, sin reconocer hasta entonces candidato alguno, y, EN CUANTO A LA VICEPRESIDENCIA, QUEDARÁ SUPRIMIDA. Una Junta de notables, formada por todos los jefes revolucionarios, será la encargada de nombrar Presidente provisional de la República, pero quedando, desde luego, descartado en el asunto político el licenciado Emilio Vázquez Gómez. Al triunfar la revolución y después de un año justo, durante el cual el pueblo mexicano habrá hecho libremente su elección, y vigilada la legitimidad de ésta por las fuerzas victoriosas revolucionarias, que durante este tiempo se mantendrán en pie de guerra, quedará hecha la elección legal de Presidente de la República, PERO QUEDANDO SIEMPRE Y EN TODO CASO, SUPRIMIDA LA VICEPRESIDENCIA»

Con estas declaraciones, de hecho, Pascual Orozco desconocía al licenciado Vázquez Gómez, no obstante un compromiso anterior en el que se estipulaba que al triunfo de la insurrección se elevaría a la primera magistratura al abogado de referencia.

Ya veremos después los incidentes a que dió lugar este acto de Orozco.

A los progresos de la revolución, el gobierno opuso el mayor número de fuerzas en los diferentes focos, atendiendo de preferencia el Estado de Chihuahua. Solamente los elementos de guerra puestos en Torreón eran: 100 hombres del 1er. batallón, 160 del 60., 200 del 99, 350 del 209, 400 del 239, 300 del 339, 300 zapadores, 100 hombres del 39, 200 del 69, 200 del 79, 400 del 109, 150 del 139, 300 del 159, 100 gendarmes del ejército, 800 voluntarios de los Estados de Coahuila y nuevo León, 550 rurales de los cuerpos 159, 269 y 389; 4 cañones Schneider Canet, 12 cañones Saint Chamon-Mondragón, 8 piezas de artillería de montaña y 12 ametralladoras. En resumen, 1,800 soldados de infantería, 2,800 de caballería y 500 artilleros, haciendo un total de 5 100 hombres y 36 piezas de artillería.

Además, el Gobierno de Madero presentó un proyecto al Congreso, pidiendo se hiciera extensiva en toda la República la ley de suspensión de garantías, (que no prosperó) y había